

Hay ciudades que tienen un destino poético. Tal es la atracción que ejercen sobre los escritores o poetas que en ellas viven o por ellas pasan, y apenas la encuentran se sienten subyugados por su hechizo. Una de estas ciudades es Soria, la ciudad fría y pura que ya en el Siglo de Oro nos descubren Tirso de Molina y Pedro de Rúa, el lector de Soria, que escribe unas Cartas a fray Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo. La ciudad que nos evoca Gustavo Adolfo Bécquer en sus románticas, soñadoras leyendas. La que más tarde canta Antonio Machado, en su corazón y en su verso, primero en *Campos de Castilla*:

*¡Soria fría! La campana
de la Audiencia da la una.
Soria, ciudad castellana,
¡tan bella! bajo la luna;*

luego en *Nuevas Canciones*:

*... hacia la fuente del Duero
mi corazón, ¡Soria pura,
se tornaba, ¡oh! fronteriza,
entre la tierra y la luna;*

Y todavía, ya viejo, cuando la guerra le arrastra a orillas del Mediterráneo, evocará en un soneto a su *Soria pura, entre montes de violeta*. Pero hay un párrafo de Antonio Machado que dice tanto como sus versos sobre el destino poético de Soria: "Soria es una ciudad para poetas, porque allí la lengua de Castilla, la lengua imperial de todas las Españas, parece tener su propio y más limpio manantial. Gustavo Adolfo Bécquer, aquel poeta sin retórica, aquel puro lírico, debió amarla tanto como a su natal Sevilla, acaso más que a su admirada Toledo. Un poeta de las Asturias de Santillana, Gerardo Diego, rompió a cantar en romance nuevo, a las puertas de Soria (1). Y hombres de otras tierras, que cruzaron sus páramos, no han podido olvidarla. Soria es, acaso, lo más espiritual de esa espiritual Castilla, espíritu a su vez de España entera. Contra el espíritu redundante y barroco, que sólo aspira a exhibición y a efecto, buen antídoto es Soria. Maestra de castellanía, que siempre nos invita a ser lo que somos y nada más." Si no sólo Gerardo Diego, cuya *Soria* hoy nos llega en bello volumen, sino otros poetas han venido después a dar la razón a Antonio Machado. Como Dámaso Santos, que canta las tardes sorianas en su libro *Las tardes del Mirón*, y como Angela Figueroa, con su *Soria pura*, el más reciente homenaje poético a la ciudad de San Saturnio: homenaje femenino, por vez primera; homenaje, además, a Antonio Machado, en el título y en estos versos dedicados al maestro:

*Me fui con tu libro allí,
y luego no hacía falta;
todos tus versos, Antonio,
el Duero me los cantaba.*

Gerardo Diego llega a Soria en abril de 1920 y permanece allí dos años. En 1923 publica—en la colección de *Libros para amigos* que editó en Valladolid José María de Cossío—su primer homenaje a Soria: *Galería de estampas y efusiones*, que se abre con estos versos:

*Esta Soria arbitraria mía, ¿quién la conoce?
Acercas a mirarla en los grises espejos
de mis ojos, cansados de mirar a lo lejos.
Vedla aquí, joven, niña, virgen de todo roce.*

Pero ya en este primer homenaje poético a Soria, define Gerardo Diego emocionadamente su Soria:

*Total, precisa, exacta: bien te aprendí.
Yo no sabré cantarte; pero te llevo en mí,
toda entrañable, toda humilde,
sin quitar ni poner una tilde.*

A estos versos de 1922, seguirán otros muchos que Soria inspira a Gerardo Diego a través de veinticinco años de fidelidad poética a la ciudad lírica. Esta rica cosecha soriana de poesía ha sido reunida ahora por Gerardo Diego en un volumen—*Soria*—publicado en la colección santanderina *El Viento Sur*. El libro está dividido en cinco partes, que corresponden a otras tantas fases de esa fidelísima cosecha. Galería de estampas y efusiones; Nuevo Cuaderno de Soria; Capital de provincia; Cancionerillo de Salduero; y Tierras de Soria. Después de leer y releer, saboreándolo (pues así hay que amar este libro), los poemas de Soria, de Gerardo Diego, sienten una vez la verdad de la conocida teoría según la cual el artista no copia la realidad, sino que la inventa. Mas para inventar la realidad—ese cuerpo bellissimo, ese árbol tierno, esa ciudad pura—el poeta ha de amarla, hacerla suya, viviéndola, soñándola (y también odiándola a veces, desesperiándola). Sólo entonces el poeta puede inventar, poetizar esa realidad. Y esto es lo que ha logrado Gerardo Diego con Soria: inventarla para sí y para los demás. Quien no haya pisado las calles de Soria, puede conocer y amar a esta ciudad en estos poemas tan puros y melancólicos, tan claros y verdaderos como el aire y el cielo mismos que cantan. Si se quiere que la poesía sea vida, historia del poeta—y no sólo historia de experiencias, sino de sueños—, este libro cumple a las mil maravillas ese designio. En sus poemas, el poeta vive, sueña, canta la ciudad que amó—y acaso odió en algún momento—: sus tardes puras, sus tejados arbitrarios, sus fieles estrellas, sus trémulas campanas, la gracia cándida de su nieve. Y este cantar soriano de Gerardo Diego es siempre jugoso y encendido, en su aleatante variedad métrica. En sus primeros versos—los de 1922—acaso es posible hallar un dejo juanramoniano o machadiano. Pero luego, la voz de Gerardo Diego es enteramente suya, y el dominio, la maestría en el paso y el vuelo del verso es absoluta. La gracia del verso fluye espontánea, bien invisible el músculo del arte. Poemas como *La nieve*, *Despedida*, *El sueño*, y los dos sonetos *Revelación* y *Cumbre de Urbión*, han de figurar entre las piezas más antológicas de la obra de Gerardo. Creo que *Soria* está a la altura de los mejores libros de Gerardo Diego, junto a *Versos humanos*, *Alondra de Verdad* o *Ángeles de Compostela*. Con ellos, *Soria* viene a probar una vez más que Gerardo Diego no es sólo el artista maravilloso del verso, sino el gran poeta de trémula y entrañable sensibilidad que ya muy pocos ignoran.—José Luis Cano.

(1) GERARDO DIEGO: SORIA. Colección "El Viento Sur". Santander-Madrid, 1948.

Estos libros hemos leído

Los españoles en Norteamérica

En un voluminoso libro (1), elegantemente impreso, la Editorial Ibero Americana de Buenos Aires nos ofrece, en su Colección Infinita, esta obra de Felipe González Ruiz sobre los exploradores españoles en lo que hoy son los Estados Unidos.

Se trata de una narración amena de las maravillosas hazañas de los conquistadores y misioneros que exploraron e integraron en el Imperio Español y en el Virreynato de Nueva España las tierras que más tarde el imperialismo arrebató a México pasando a formar parte de los actuales Estados Unidos. Texas, Nuevo México, Florida, California son el escenario de hechos estudiados por aquellos gloriosos españoles del Imperio que han dejado en la Historia una huella imborrable, y cuyo espíritu, aunque ajeno al del pueblo de los Estados Unidos y distanciado de él no sólo por los siglos, sino por un alto valladar de sangre y de creencias, determina, sin embargo, una cierta corriente de influencia histórica y cultural, por donde se hace más asequible el acercamiento sincero y comprensivo entre el pueblo norteamericano y los pueblos de Hispanoamérica y de España.

Los nombres de Cortés, Ponce de León, Alvar Núñez, Menéndez de Avilés, Soto, Fray Junípero Serra, Vázquez de Coronado, etc., surgen en toda su grandeza y heroicidad de la escueta y bien escrita narración que de sus hechos hace González Ruiz, sin necesidad de que los adornos retóricos y la buena adjetivación literaria le sirvan de fantástico y falso pedestal a su gloria.

El libro está ampliamente ilustrado con fotografías, mapas y aguafuertes originales de Aristizábal, y trae al final, como apéndice valiosos, una Nómina de los Virreyes de México con expresión de las exploraciones que organizaron a los territorios de los actuales Estados Unidos, y un cuadro de la destrucción del Imperio Español.—J. Y.

(1) FELIPE GONZÁLEZ RUIZ: DE LA FLORIDA A SAN FRANCISCO. Editorial Ibero Americana. Buenos Aires, 1949.

OTRA VEZ LA POSTGUERRA

El conocido periodista y escritor español Juan Esterlich recoge en un volumen de cerca de 400 páginas (1) sus breves y agudas reflexiones periodísticas sobre los problemas políticos y espirituales del mundo, publicadas en el "Diario de Barcelona" durante los años 1947 y 1948.

Ya en un libro anterior, bajo el título de "Las profecías se cumplen", había el autor examinado con cierta penetración las distintas corrientes ideológicas del mundo de la preguerra. Ahora, en "La falsa paz", Esterlich analiza con la misma agudeza el panorama del mundo de la postguerra.

El libro se divide en tres partes: la primera, que da nombre a la obra, se refiere a los aspectos políticos del panorama mundial; la segunda, a las directrices y movimientos espirituales, bajo el título de "Levantar al hombre luterano"; y la tercera, como lo indica su nombre: "Temas de nuestro tiempo", en-

(1) JUAN ESTERLICH: LA FALSA PAZ. Montaner y Simón, S. A. Barcelona, 1949.

cierra un conjunto de estudios sobre temas vivos de actualidad y un grupo de medallones de personalidades significativas.

El libro, escrito con agilidad y fuerza, tiene además el valor documental de recoger la impresión y el pensamiento del autor en el momento en que se suceden los hechos comentados, descubriendo, a través de las claras y certeras reflexiones de un hombre de mentalidad limpia y despejada, el tortuoso y ciego proceso de la política mundial y la triste incertidumbre espiritual con que se mueven torpemente los pueblos y sus dirigentes en la crisis actual de la Historia.

Esterlich, escritor de pluma fácil y brillante, nos ha dado así un libro rico en temas y sugerencias, y que en su asidua y cotidiana observación de la agitada vida actual del mundo nos ofrece la posibilidad de captarla y entenderla mejor en su conjunto y en sus matices.—J. Y.

ZURBARAN

Desde los tiempos en que D. Enrique Real Magdalena, como buen poeta y extremeño, luchaba porque el conocimiento de la figura de Zurbarán tuviese una mayor proyección, y el monumento que parece consagrar al hombre de una manera definitiva, ya que hasta que se erige la piedra parece que está en entredicho la fama, han sido muchos los panegiristas del pintor, tales como Mier, Lefort, y, más recientemente, Cascales Muñoz y María Luisa Caturra, esta última descubridora de horizontes que no han tenido confirmación, ni cita, en el último libro de Pompey, estudio que hace



de la vida del pintor, y en donde no afirma ni niega la posibilidad, tan atractiva, de su probable estancia en América, y más concretamente en el Reino de Nueva Granada. La revalorización de la figura pictórica del artista extremeño se acusa por días, y este volumen viene a añadir un análisis minucioso de los cuadros más conocidos, y es digno de destacar el método "moderno" que aplica frente a ellos, valorando en cada composición elementos que ayudan al descubrimiento íntimo de la paleta del autor de "La Virgen de las Cuevas". Si para el biógrafo de un pintor, en este caso también pintor y crítico, es de desear un apellido para definir a la figura que a través de él toma carácter concreto, pictóricamente diremos que para Francisco Pompey Zurbarán es el sentido "escultórico", dentro de la pintura de su tiempo, en el equilibrio que supo conservar para definirse. También merece alusión particular el signo realista "constante" que atribuye a "el pintor de los monjes" ya que, como agudamente observa el glosador de una vida y de una obra en las representaciones religiosas de muchas figuras de santos (Santa Catalina, Santa Margarita, Santa Marina, Santa Inés, Santa Rufina, Santa Casilda), bien porque el modelo conserva el aliento directamente humano de la femineidad o por el vestido que elige el pintor, la aureola de santidad, su concepción, se separa totalmente de las parecidas representaciones que han de sucederle o que conviven con él.

Se detiene el comentarista acertadamente en la vida de Zurbarán, como buen conocedor de la influencia que los hechos vitales tienen en el trabajo del artista. No salva—por lógica falta de documentos—las lagunas de sus estancias—una de ellas en Madrid—; pero sigue paso a paso lo conocido para expresar cómo por la trascendencia del medio la paleta del extremeño, en lugar de permanecer en esa rigidez, que tan aficionados han sido muchos comentaristas en atribuirle, ésta se agranda, y recoge aquello que más sirve para propósitos de exaltación religiosa, único fin al que estaba entregado el quehacer del pintor, y más marcadamente en quien casi dependía—en época importante de su producción—de los encargos de una determinada comunidad. El observar las variaciones que tiene el pincel en el supuesto discípulo del clérigo Roelas, es un dato de interés que tuvo antes su gran defensor en el Sr. Cascales Muñoz, cuyo amor regional rebasa una medida que en Pompey adquiere un grado muy de estimar, y que juega, con su clara actitud de interpretación, ante la obra zurbaranesca con una señal contemporánea que centra mejor la imparcialidad.

La obra de Zurbarán, tan decisiva en el estudio de la Pintura española, tan poco sujeta a una definición concreta por el afán de atribuciones más o menos caprichosas, adquiere en los últimos años una impor-

(1) FRANCISCO POMPEY. ZURBARAN. Afrodiseo Aguado, S. A. Madrid, 1949.

tancia progresiva por el descubrimiento continuo que se hace de un pintor excepcional que surge al lado de Velázquez, y en su conocimiento, y que salva su modo y manera con menores pruebas de convivencia entre Don Diego y Murillo que las que se creen, y lo demuestra en sus obras menos aparatosas, donde es más interesante la verdad de su concepto y de su realización. Pompey en una frase acierta a completar un posible resumen de su libro, al decir: "Fue un gran pintor realista; que ennoblece la realidad y que con elementos espirituales—el catolicismo—él fué el más grande de los pintores como monologista, y de haber consagrado sus facultades de pintor a la vida popular democrática y católica de Andalucía, él hubiera sido, después de Velázquez, el más grande de los pintores de ese género." Podríamos añadir que si el conocimiento de los italianos le hubiera favorecido, únicamente por haber dado mayor extensión a su paleta también el beneficio hubiera sido de estimar: pero, acaso, en esa intimidad que llevó al arte—reflejo de la que llevó a su vida familiar—radique la grandeza de Zurbarán, que hoy, en tiempos de búsquedas, es eje seguro para encontrar como el artista puede crear, cuando la mano y la idea están en una alianza tan perfecta como en este pintor, a quien Pompey ha rendido tributo que ha servido para confirmar su esfuerzo continuo de escritor en pro de los maestros del arte español.—S. CAMARGO.

LIBROS RECIBIDOS

LITERATURA

- López Luna (A.): "El gaucho Smith" (Hazañas y correrías de un caballero inglés, casi sesentón, que se metió a gaucho).—Ediciones Vertiente, Buenos Aires, 1949. 175 páginas.
- Rivero Astengo (Agustín): "Remansos" (Casi aforismos).—Buenos Aires, 1948. 176 páginas.
- Centurión (Carlos R.): "Historia de las Letras Paraguayas", II. (Epoca de transformación).—Editorial Asunción, Buenos Aires, 1948. 435 páginas.
- Arias (Augusto): "Panorama de la literatura ecuatoriana". Segunda edición.—Quito, Universidad Central, 1948. 470 páginas.
- Arias (Augusto): "El Quijote de Montalvo".—Publicaciones del Grupo América. Quito, 1948. 39 páginas.

POESIA

- Velasco (Leopoldo): "Romances solariegos".—Córdoba (Argentina), 1944. 106 páginas.
- Mendizábal (Pedro): "Flor de Raza (El Poema de la Hispanidad)".—La Unión Hispánica. Bilbao, 1949. 170 páginas.
- Cevallos Larrea (Cristóbal): "Cantos heroicos".—Riobamba, 1948. 94 páginas.
- Oqueli (Arturo): "Lo que dijo Don Fausto".—López y Cia., Tegucigalpa. 194 páginas

HISTORIA Y GEOGRAFIA

- Vidal Isern (José): "La estela de Fray Junípero".—Palma de Mallorca, 1949. 26 páginas.
- Rizal Mercado (José): "Memorias de un estudiante de Manila" (Autobiografía escolar inédita, según manuscrito original que se conserva en la División Filipiniana de Biblioteca Nacional).—Manila, 1949. 46 páginas.
- Araneda Bravo (Fidel): "Apóstol y mendigo".—Santiago de Chile, 1949. 204 páginas.
- Núñez Arca (P.): "De Quitandinha a Bogotá, pasando por Buenos Aires" (Reportagens de duas conferencias e duas viagens).—Letras Editora Continental, São Paulo, sin fecha. 278 páginas.
- Ramírez (Alonso Francisco): "Hombres notables y monumentos coloniales de Oaxaca".—México, 1948. 192 páginas.
- Pareja Fernández (Enrique Manuel): "El manuscrito Juliano Torcaz I, del Seminario de Canarias" (Con una introducción acerca de los franciscanos de Fuerteventura, por Elias Serra Rafols).—Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna, 1949. 44 páginas.
- Garcés G. (Jorge A.): "Paleografía Diplomática Española y sus peculiaridades en América".—Publicaciones del Archivo de la Ciudad, volumen XXV. Quito, 1949. 364 páginas.
- Fernández de Castro, A. C. I. (C.): "Nuestra Señora en el arzón".—Editorial Escelicer, S. L., Cádiz, 1948. 318 páginas.